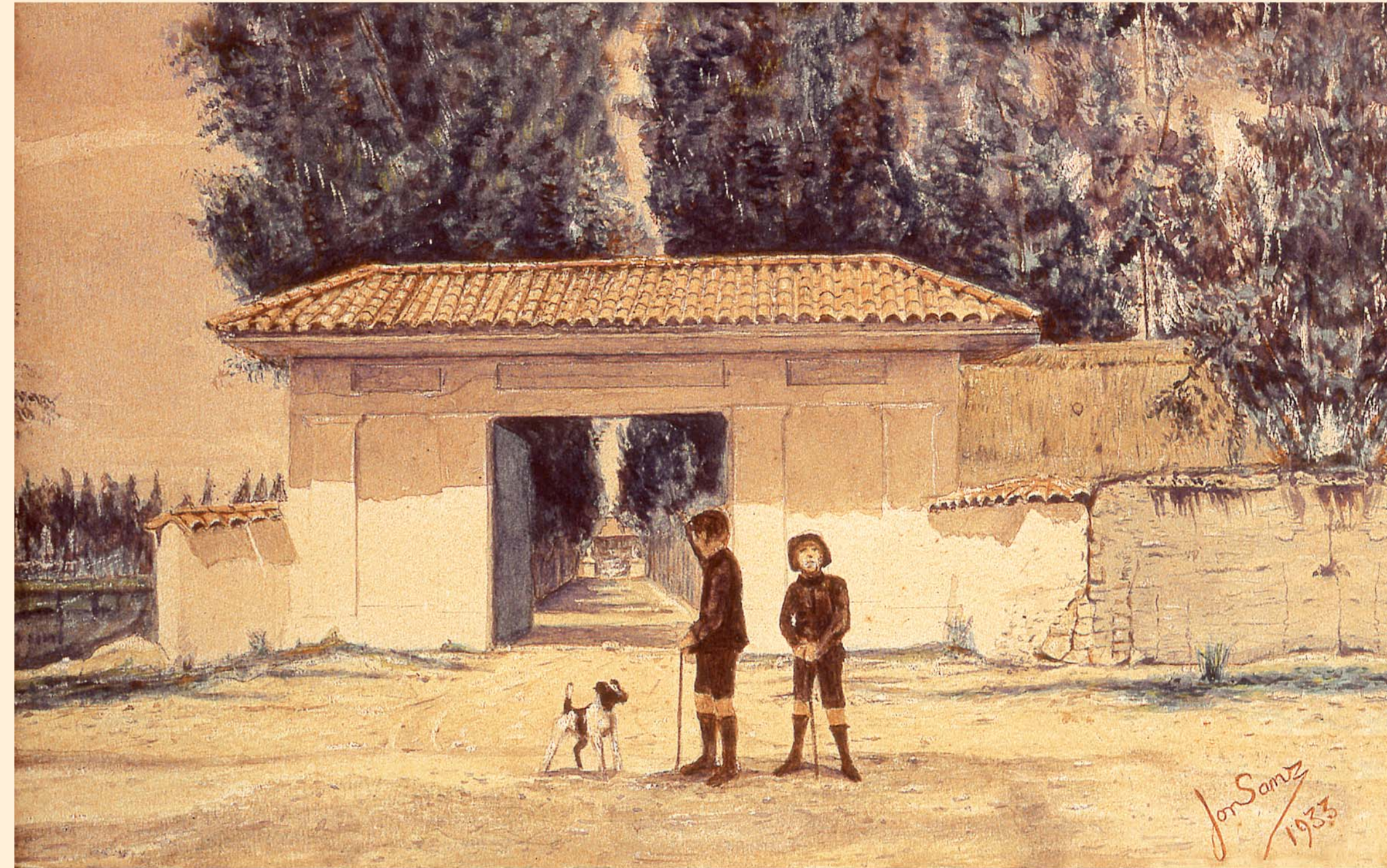


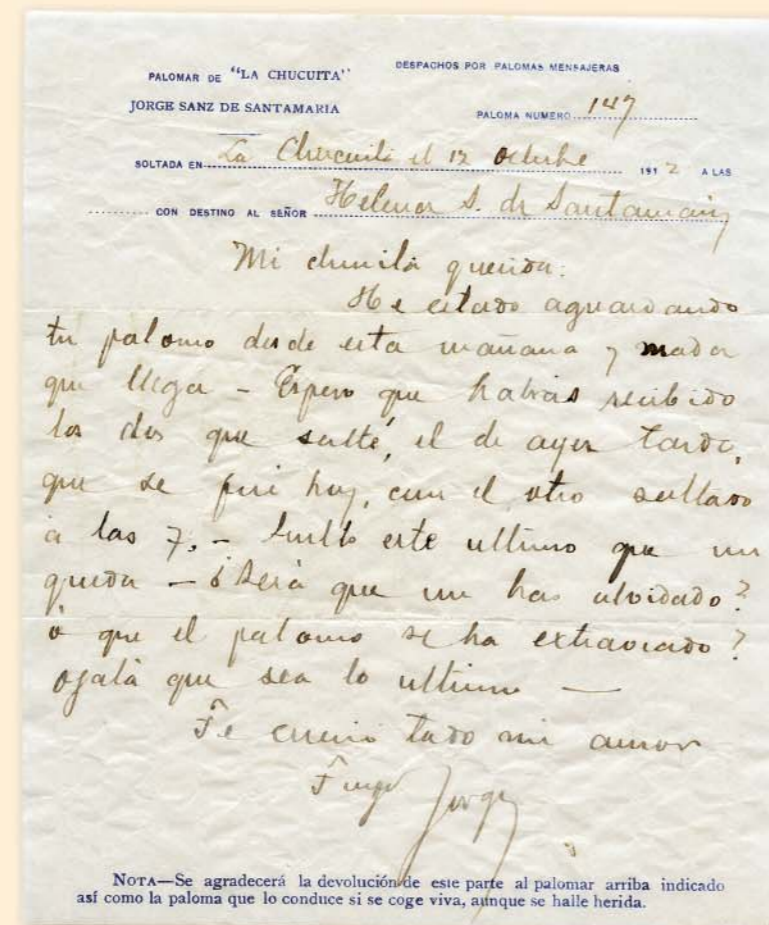
Desde hoy te escribo, pues mi principal objeto es enviarte mis más tiernos y cariñosos recuerdos para el día 18, fecha en que cumplirás los 17 años; estará mi espíritu cerca de ti especialmente, y aún distante como me hallo, llegará a tu lado mi pensamiento y así te abrazaré y te daré mi bendición pidiendo a Dios por tu felicidad, porque te de, ya hombre como lo eres, todo el juicio y la corrección necesarias, que yo anhelo ver en ti y en tu hermano, para que sean más tarde personas honorables en todo sentido. Aprovecha la presente época de tu vida y trata de obtener el mayor provecho de tu estadía en [Eastbourne] teniendo muy en cuenta que el tiempo perdido se va para no volver.

*Carta de Jorge Sanz de Santamaría Herrera a su hijo,
Nicolás Sanz de Santamaría Sáenz*

París, 17 de enero de 1929

*Acuarela sobre papel (1933)
14x22,5 cm.
Colección Rosita Sanz de Santamaría Pradilla*





UNA HISTORIA FAMILIAR Y SOCIAL A TRAVÉS DE LA PINTURA, LA FOTOGRAFÍA Y LA CORRESPONDENCIA

Cuando en diciembre de 2003 publiqué el libro *Relato de un viaje por el Río Magdalena, Panamá y Costa Rica. Excursión del Gimnasio Moderno, 1927*, de Nicolás Sanz de Santamaría, mi padre, me di cuenta que la correspondencia familiar que él había guardado constituía un material privilegiado para recrear toda una época y que podría dar origen a otros libros. Fue a través de una cuidadosa lectura de estas cartas que descubrí la figura fascinante de mi abuelo, Jorge Sanz de Santamaría Herrera, y el vínculo que existía entre la correspondencia y el registro fotográfico –que en muchos de los casos– quedaba posteriormente plasmado en sus pinturas.

Me dediqué entonces a la tarea de recopilar las acuarelas y óleos de mi abuelo. Es decir, las imágenes que, colgadas en las paredes de nuestra casa y en las casas de mis abuelos y mis tíos, me acompañaron durante mi infancia y adolescencia. En cada una de ellas se documentaba alguna actividad realizada por él en las labores del campo. Así, la agricultura, la ganadería, los caballos, las palomas, los perros, las imágenes religiosas, los rincones de su ciudad natal, Bogotá, o lugares de sus viajes, se nos mostraron siempre como referentes en su vida cotidiana.

Logré identificar un total de 87 pinturas que se publican en este libro, cada una acompañada de una ficha técnica, textos seleccionados de la correspondencia y, en algunos casos, de artículos aparecidos en la prensa local.

También se conserva un maravilloso archivo fotográfico de más de 500 placas en tercera dimensión que registran escenas de sus viajes, su matrimonio, la familia y las haciendas donde trabajó toda su vida.

Para disfrutar el valioso acervo cultural y familiar, he incorporado aquí una versión digital de dicho archivo fotográfico, así como la correspondencia completa –facsimil y transcripción– de todos estos documentos que se han preservado por tantos años y que hoy nos permiten la invaluable oportunidad de verlos y leerlos gracias a las tecnologías existentes.

El proceso que he vivido en el largo tiempo de preparación de este libro, ha sido lento y maravilloso. Fui descubriendo facetas de la personalidad del abuelo que distaban mucho del recuerdo que yo tenía de él y he seleccionado el siguiente mensaje que le escribe a Pitita, mi abuela Helena, para descubrir allí la profunda ternura oculta detrás de su figura que me parecía un tanto adusta y distante.

Despachos por palomas mensajeras
Palomar de "La Chucuita"
Jorge Sanz de Santamaría
Paloma No. 147
Soltada en Chucuita el 12 de octubre de 1912

Mi chinita querida:
He estado aguardando tu paloma desde esta mañana y nada que llega. Espero que habrás recibido las dos que solté, el de ayer tarde, que se fue hoy, con el otro soltado a las 7. Suelto este último que me queda. ¿Será que me has olvidado? O que el palomo se ha extraviado? Ojalá que sea lo último.

Te envío todo mi amor,
Tuyo, Jorge

Nota: Se agradecerá la devolución de este parte al palomar arriba indicado así como la paloma que lo conduce si se coge viva, aunque se halle herida.



Los recuerdos de mi infancia y adolescencia están cargados de imágenes relacionadas con las vacaciones en la Hacienda “Quito”, ubicada en las cercanías de Funza, frente al Centro de Investigaciones Agrícolas Tibaitatá.

El abuelo, a quien los nietos llamábamos Papá Jorge o Papito, era el “Señor de la hacienda”. Él era un gran jinete y diariamente lo veíamos montar su yegua favorita. En “Quito” había un hato de producción de leche y las horas del ordeño eran sagradas. Aún recuerdo cuando se instaló un sistema de música ambiental en el establo y cómo se ordeñaba con máquinas que eran una verdadera novedad en esos días. El abuelo conocía cada ejemplar por su nombre.

La Navidad se celebraba con un gran pesebre que se armaba en el corredor de atrás de la casa y la Novena se rezaba en las noches, después del toque de la campana que convocaba a toda la familia y a los trabajadores de la hacienda. Se cantaban los villancicos y se echaba pólvora. Era una fiesta de alegría colectiva. Los días en “Quito” transcurrían llenos de experiencias –para mí muy profundas– con la figura de los abuelos, siempre presente, como el centro de nuestra familia.

Otro aspecto muy singular de su personalidad es la dimensión de hombre trabajador y comprometido con Colombia. Muestra de ello es lo que expresa a su

hijo Nicolás, quien se encontraba en Eastbourne, Inglaterra, y a quien le escribe desde París el 3 de julio de 1929:

Desde hace días tengo resuelto que tú vayas a la gran exposición de animales que tendrá lugar en Inglaterra en la semana entrante y a la cual irán Mariano y Carlos; yo quiero que tú vayas con ellos por varias razones, entre otras, que conozcas de una vez lo más importante en materia de ganado que hay en el mundo entero, para que cuando regreses a Colombia puedas tener formado tu gusto y obtengas los conocimientos prácticos que te han de servir para toda tu vida de agricultor, si es que más tarde te dedicas a ello; es bueno que en ese concurso puedas ver las diferentes razas de animales que tanto nos interesan para nuestros negocios y aficiones, y conociéndolas, sabiendo por tus propios ojos, cuáles son las más convenientes e interesantes para nuestro país! [...]

Todo lo que él emprendía tenía ese común denominador: su intención de conseguir lo mejor para Colombia. Fue, ante todo, un hombre que quiso hacer país y dejó documentado –en sus acuarelas, óleos, fotografías y correspondencia– ese firme propósito que lo acompañó durante toda su vida.

Al publicar este libro, *Huellas y sendas de una vida. Jorge Sanz de Santamaría Herrera 1879-1972*, he querido rendirle un homenaje a su vida y a su obra.

Juanita Sanz de Santamaría Samper



CARTA ABIERTA A JORGE SANZ DE SANTAMARÍA

“El sentido y el valor de nuestra vida es lo que en ella, y con ella, hacemos”.
(Carlos Thiebaut)

Admirado amigo, creo que este epígrafe inicial define y, sobre todo, simboliza tu vida, sus inquietudes y afanes innovadores.

Hay un espejo en que podemos reconocerte y comprenderte: tus obras. Esa constante preocupación por el campo, la mejora de la siembra, el cuidado suave de los caballos, los perros, la función comunicativa de las palomas. Tu afición discreta a la fiesta brava y tus continuos desvelos por seleccionar lo mejor. Pero tú has utilizado la técnica más avanzada y tu arte para dejarnos el testimonio y documentación de tu bellissimo y patriótico quehacer. Pintura y fotografía han dado contenido al tiempo acerca de tus actividades. Hoy podemos disfrutar de todo ello como si estuviéramos en tu presencia, participando de tus ideas y un programa de mejora de tu actividad campesina y ganadera. Pero no sólo tu espíritu atiende a la materialidad de las cosas, sino que también se ha insertado en lo más trascendente: en la fe y en el amor.

Una reverencia delicada y activa hacia tu esposa, muestra todo ello, de una ferviente fe religiosa. La compañía del espíritu marcó el sentido de toda tu actividad. La familia fue el otro norte al que apuntabas con tu dedicación distante, pero afectiva y atenta siempre.

Ciertamente, no he podido conocerte en vida, pero reconozco perfectamente la hermosura y exactitud de tus documentos gráficos que muestran eficazmente la intensidad de tu labor en la fértil y agradecida Sabana de Bogotá.

Tu vida fue un homenaje constante a tu ciudad. Lo que nos llena de admiración y afecto.

He tenido la oportunidad de leer y releer tu extraordinaria escritura, testimonio vivo de tus afectos y trabajos. Pero, sobre todo, tus maravillosas y precisas cartas de amor. Es así como entendemos tus búsquedas, viajes y discreta presencia en las flores de cada mañana en que mostrabas todo tu afecto y la espera constante de la persona a quien amabas.

Todo en ti estaba al servicio de la vida, de la familia y de tus proyectos llenos de optimismo, confianza y decisión.

El sentimiento estético y religioso acompañó siempre tu quehacer vital. De todo ello nos has dejado el testimonio convertido por nosotros en germen de vida y esperanza. Quizás por otros caminos seguimos tus pasos y te admiramos por tu honradez y entrega para hacer país. Tú has abierto la senda de nuestros deseos. Te seguimos con entereza y constancia. También amamos y gozamos conflictivamente la memoria de este país tan lleno de encantos y bellezas.

Tú permaneces en tu hacer trascendente y humano.

Con admiración serena,

Ángel Nogueira Dobarro



NOMBRES QUE HACEN PAÍS

La historia de cada hombre nos habla de una época. Cada momento, cada vivencia, por pequeños que sean, están definidos por la sociedad que los rodea, y viceversa: a cada sociedad y a cada época las definen esas historias de hombres que dejaron huellas en sendas que aún no descubrimos.

Uno de estos hombres fue Jorge Sanz de Santamaría Herrera, quien vivió una vida regida por ideales que hablan de un país al que amaba y en el que siempre sintió que estaba todo por hacer.

Hoy, muchos años después de su fallecimiento, nos ha permitido conocer su vida a través de cartas que reflejan sus preocupaciones diarias, de acuarelas y óleos que ilustran los paisajes cotidianos de un país entonces desconocido y de fotografías que remiten al día a día de su época y de su familia. Estos rastros permiten descubrir que fue un colombiano que sólo deseó lo mejor para él y para su familia con un empeño que le permitió también buscar lo mejor para un país que aún estaba en construcción, cuya ruralidad era un orgullo y donde la armonía entre el campo y la ciudad comenzaba en Bogotá, la más grande de las ciudades colombianas, y en su sabana.

Su nombre, como el de muchos hombres que construyeron país, no aparece en los libros de historia, ni su obra ha sido referenciada por los historiadores del arte en Colombia. Tal vez fue porque él mismo así lo quiso. Perteneció a ese grupo de hombres visionarios que han hecho historia, por haber considerado que en la relación entre el campo y la ciudad se escondía la riqueza de nuestro país.

Jorge Sanz de Santamaría Herrera era nieto de don Mariano Sáenz de Santamaría y Ricaurte, miembro de una familia que, como escribió Camilo Pardo

Umaña en su libro *Haciendas de la Sabana*, “[...] poseía entonces centenares de hectáreas de tierras del Puente del Común hacia el norte y era suyo también gran parte del valle de Sopó, prolongación de la Sabana Grande” y que jugó un papel de gran importancia en la época de la Independencia. Don Mariano, nacido en Bogotá en 1802, fue el primero que abrevió el apellido a Sanz de Santamaría; estudió en el Colegio del Rosario y, muy temprano, como la mayoría de los patriotas de su época, se alistó en el ejército y se vinculó a la política, participando en acontecimientos como el Cantón de Zipaquirá. En 1819 se casó con doña Dorotea Lineros con quien tuvo once hijos, el octavo de los cuales, nacido en Nemocón, fue Juan Nepomuceno Sanz de Santamaría y Lineros, o simplemente Nepomuceno Sanz de Santamaría. A él le tocó vivir un siglo difícil. Nació en 1833, poco después de la muerte de Bolívar. El país parecía haber perdido su rumbo y lo buscaba de múltiples y variadas maneras. A partir de entonces fueron frecuentes las guerras civiles, las nuevas constituciones, los cambios de nombre, las diferentes ideas federalistas y centralistas y todos aquellos procesos por los que pasó Colombia para formarse.

Los primeros años

Alejándonos de guerras y posturas políticas, sabemos que el 22 de abril de 1866 don Nepomuceno creó un hogar del que serían fruto once hijos. Su esposa, doña Mariana Herrera Restrepo, era hermana de monseñor Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá entre 1891 y 1928, y quien fue uno de los sacerdotes más influyentes de la historia de Colombia. Fue él quien bautizó a Jorge Sanz de Santamaría Herrera, el octavo hijo de don Nepomuceno y doña Mariana, luego de su nacimiento, el 6 de febrero de 1879.

La familia Sanz de Santamaría Herrera vivía entonces en una casona colonial de La Candelaria, en el costado suroccidental de la actual calle Novena con carrera Quinta, cerca de la Iglesia del Carmen. A pocos pasos se encuentra la casa que adquirió su hermano Mariano unos años más tarde, donde hoy se observa una placa que dice: “Casa Sanz de Santamaría. Siglo XVI”.

En esa época de finales del siglo XIX Bogotá vivía un tiempo de grandes progresos. Aparecieron el acueducto de hierro, el alumbrado eléctrico y el teléfono, mientras que el tranvía y el ferrocarril comenzaban a desplazar a los caballos de las calles y las carreteras. La ciudad mantenía casi los mismos límites geográficos de los últimos doscientos años, excepto por el sector del norte que veía aparecer un esbozo de conglomerado urbano en Chapinero.

Cuando nació, sus hermanos mayores Manuel Bernardo e Ignacio tenían 13 y 12 años, respectivamente. Las inquietudes de estos dos jóvenes calaron en el pequeño Jorge, quien los veía trabajar la tierra al lado de su padre, que era propietario de la hacienda “El Rubí”, a donde seguramente llegó aquel “alazán de la raza Orloff”, el caballo de tiro que, según cuenta el escritor Tomás Rueda Vargas, trajo don Nepomuceno en 1881, y que deleitó a los bogotanos moviendo carruajes y corriendo las primeras carreras de caballos en hipódromos improvisados.

La hacienda de los Sanz de Santamaría era una finca desmembrada del gran dominio conocido como El Diamante de la Sabana, parte a su vez de lo que fuera El Mayorazgo de la Dehesa de Bogotá, una estancia que pertenecía al Marqués de San Jorge en épocas de la Colonia. La Dehesa de Bogotá alcanzó a cubrir más de una cuarta parte de la Sabana de Bogotá, concretamente lo que son hoy los municipios de Funza, Serrezuela y Mosquera, al occidente de la capital. De esta misma región hacían parte las haciendas “Quito”, “La Holanda”

y “La Ramada”, que se convirtieron en propiedades de Jorge, Ignacio y Mariano, respectivamente. Un poco más lejos de la ciudad estaba “Mondoñedo”, que Ignacio hizo famosa años después al convertirla en la cuna de la ganadería brava del país.

Jorge Sanz de Santamaría Herrera vivió sus primeros años bajo la llamada “Era radical” (1861-1885), en la que reinaron el descontento y la violencia en Colombia. En la capital fueron frecuentes los atentados y los actos violentos por causas políticas hasta 1885, cuando estalló una guerra civil que terminó con la implantación, en 1886, de una nueva Constitución y con el comienzo de la época conocida como la “Regeneración”, que se prolongó hasta el fin de la Guerra de los Mil Días en 1902.

Durante esa época iniciaba sus estudios en el colegio de Víctor Mallarino, fundado en 1878, y que contaba con un profesorado de excelente calidad donde figuraban nombres como el de Marco Fidel Suárez. Un establecimiento del que el cronista Juan Crisóstomo García nos dice:

El señor Mallarino cuidaba también del conveniente desarrollo físico, mediante una buena alimentación, el uso moderado de los baños y los ejercicios necesarios. No se habían introducido todavía los deportes de Inglaterra y Norte América; pero los juegos conocidos por entonces eran suficientes para conservar sanos y fuertes a los escolares.

Como la mayoría de los colegios de la época se trataba de un internado cuyas temporadas de vacaciones él pasaba en la hacienda “El Rubí”, donde más tarde su hermano Ignacio crió sus primeros toros. No debe extrañar, por consiguiente, que los hermanos Sanz de Santamaría Herrera desarrollaran inquietudes al punto de traer al país los deportes de los que habla García, como el polo, que constituyó un capítulo particular en la vida de la familia Sanz de Santamaría.

Una historia a caballo

Jorge Sanz de Santamaría Herrera presidió el Polo Club de Bogotá en dos oportunidades: entre 1910 y 1911 y entre 1921 y 1926, cuando se adquirió e inauguró la segunda sede del club en lo que hoy es el barrio que conserva el mismo nombre. Esta fue su primera sede propia, a diferencia de la anterior, ubicada al lado del Hipódromo de La Magdalena. Desde su fundación, en 1897, en la que participaron sus hermanos Manuel Bernardo e Ignacio, los Sanz de Santamaría han estado presentes activamente en la vida del club. El primer torneo de la Copa Uribe, celebrado en 1903, el más famoso y antiguo de los campeonatos que ahí se juegan, fue ganado por el equipo de Las Rosas Verdes, donde jugaba con su hermano Ignacio. Muchos años después comentó al respecto:

Lo recuerdo como si fuera ayer. Lo jugamos, como todos los partidos de entonces, en el campo de La Magdalena, situado frente a donde hoy queda el colegio del Sacre Coeur. El campo no tenía las mediciones reglamentarias. Era más corto y no tenía las divisiones o linderos en madera que hoy se usan. La demarcación del campo se hacía con una raya de cal. Jugamos aquel partido, partidazo digo yo, en presencia del mayor grupo de personas que se hubiera reunido para una competencia de esa clase. Conseguimos que nos prestaran la única banda de músicos del Estado entonces organizada y concurrieron los más altos dignatarios.

De ahí en adelante Jorge Sanz de Santamaría Herrera ganó seis campeonatos más, cuatro de ellos en compañía de sus hermanos Ignacio y Daniel. Para él el polo no fue un simple deporte. Durante su vida en el campo se empeñó en criar los mejores caballos. De Carnack, su primer caballo reproductor, descendieron geniales ejemplares de polo como La Cartujana, La Criollita y La Campanela. Con ellos ganaron sus hijos, Jorge y Nicolás, muchos torneos. Y cuando a los 76 años le preguntaron cuál era su mayor placer, respondió sin dudarlo: “Los caballos, la equitación que aún practico y la que confío ha de ayudarme a man-

tener, a prolongar mi capacidad de trabajo en el campo”. A esa edad y ya casi ciego, seguía montando a caballo como el más diestro de los jinetes.

En esos años en los que en Colombia el polo no era muy conocido, cabe preguntarse cómo habrá surgido la primera idea de un club por parte de los hermanos Sanz de Santamaría y de otros bogotanos que se embarcaron en esta empresa. Alguno de ellos debió viajar en esa época a Inglaterra y conocer a fondo los deportes que allá se practicaban. Quizás fueron los mismos que propusieron que dos años después de la fundación del club se construyera la primera cancha y el primer “chalet” de tenis, un deporte considerado entonces más delicado que el polo y que, por tanto, comenzó a ser practicado por las mujeres que lo jugaban con vestido largo y sombrero. En la cancha de polo, en 1900, se jugó el primer partido de fútbol en Bogotá. Esta cancha fue también el primer “green” de golf de la ciudad, tenía un “pasto suave y peluqueado por chivas”. El mayor inconveniente era que los caballos, en los partidos de polo, pisaban peligrosamente los hoyos de golf. Por esta razón, un grupo de cinco bogotanos, entre los que se encontraban sus hermanos Manuel Bernardo e Ignacio Sanz de Santamaría Herrera, decidieron solucionar este inconveniente fundando el Country Club de Bogotá.

Con el fin del siglo llegó el fin de su juventud

Cuando se desató la Guerra de los Mil Días, Jorge Sanz de Santamaría Herrera había pasado por el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y estudiaba en el Liceo Mercantil, institución que se vio obligado a dejar en octubre de 1899 para trabajar en el Banco de Colombia como cajero. El mismo contaba que, en ese tiempo, cada cajero ataba sus billetes con una pita de distinto color y que los gerentes eran don Ernesto Michelsen y don Dionisio Mejía. En algún momento, cuando ya llevaba más de dos años trabajando, se le perdieron cincuenta pesos. Fue el momento más amargo de su vida.

Renuncié, firmé un pagaré por ese dinero y me fui a trabajar al campo con mis hermanos para pagarlo. Dos meses después el dinero apareció: al cerrar un cajón –eso que a través de la vida tantas veces nos pasa pero que entonces no pensé– el dinero salió empujado por la parte de atrás y de encima del cajón, y cayó en el de debajo. Nadie pensó en abrirlo. Cuando lo encontraron me escribieron los dos gerentes una carta que es uno de los documentos que aprecio de mi vida. Habría podido regresar, pero ya estaba empezando en el campo y la tierra atrae [...]

Por cincuenta pesos atados con pitas de colores dejó su vida citadina para dedicarse de lleno al campo. Durante los primeros meses de 1902 se dedicó a las tierras que trabajaban sus hermanos, al occidente de la ciudad. Ese año fue decisivo para él. No sólo se dedicó desde entonces a la ganadería y la agricultura, además se enamoró de Helena Sáenz Obregón, la mujer con la que formó una familia. Su vida, como él mismo lo contaba, comenzaba a tomar la rutina que implica la dedicación al campo: todos los días salía de su casa a caballo, antes de las seis de la mañana, en dirección a la hacienda de Capellanías, en el actual barrio Fontibón. Tras recorrer las primeras cuatro cuadras, pasaba por la calle de la iglesia de Santa Clara, frente a la casa de la familia Sáenz Obregón. En ese momento rastrillaba las espuelas a su caballo, “para hacer más notorio el ruido de las herraduras contra el empedrado de la calle”.

A las cuatro de la tarde ya estaba en su casa para la comida como se acostumbraba en la ciudad de principios de siglo. Alrededor de las cinco de la tarde se encaminaba de nuevo hacia la casa de la familia Sáenz situada a escasos minutos de la suya. Como otros hombres de la época acostumbraba “pasarle” a su novia, es decir, caminaba frente a la ventana de ella con el sólo objetivo de que se asomara discretamente y sonriera tan tímidamente como se mostraba. Era lo que en Bogotá se conocía como un “novio de pasar”, como lo relataba él mismo. Algunos “pasaban” varias veces y era común que la mujer no abriera las ventanas, a veces simplemente sonreía detrás de ellas, en actitudes que hoy serían difícilmente entendidas por las parejas de enamorados. Pero Helena no era así y, según él, aunque ella no lo admitiera, abría sigilosamente los postigos para verlo.

Jorge Sanz de Santamaría Herrera y Helena Sáenz Obregón se habían conocido siendo niños y sus diálogos habían sido tan breves como los mensajes de las palomas mensajeras que los unieron años más tarde. Contaban que, antes de ser novios, incluso antes de casarse, sus conversaciones habían sido pocas y se habían llevado a cabo en casas de amigos o en reuniones sociales en las que la intimidación era desconocida. Sin embargo, Helena partió para Nueva York a mediados de 1902. Su padre, don Nicolás Sáenz Pinzón, uno de los principales impulsores del negocio del café en la historia colombiana, salió del país y una vez instalada la familia Sáenz en Nueva York, Helena se dedicó a terminar sus estudios académicos y a seguir los de piano que ya había iniciado en Bogotá. Don Nicolás Sáenz y sus hijos, Camilo y Julio, invirtieron sus esfuerzos en la instalación de una casa comercial para realizar negocios con Colombia.

Fue una época difícil para Helena. Sin embargo, a mediados de 1906 hicieron escala en Nueva York sus tíos Francisco Sáenz Pinzón, su esposa María y su hija Inés, quienes se dirigían a Europa y le propusieron a don Nicolás Sáenz embarcar a Helena con ellos. Él aceptó siempre y cuando la madre de Helena, doña Mercedes Obregón, los acompañara. El viaje terminó siendo una buena excusa para que la familia Sáenz Obregón paseara por Europa, mientras uno de los hijos se encargaba del negocio en Nueva York.

Esos años de principios de siglo fueron dolorosos para Jorge Sanz de Santamaría Herrera. Sus cartas revelan que su propósito mayor en esos tiempos, su ideal, había sido la consecución de un compromiso con Helena. Pero desde finales de 1902 se encontraban incomunicados, separados por una distancia inmensa que sólo se podía acortar mediante cartas esporádicas. Un detalle le envió a Helena mientras estuvo en Estados Unidos: una pequeña medalla de oro con la fecha de iniciación de su noviazgo, el 26 de junio de 1902, un regalo que ella conservó hasta el día de su muerte.

Rumbo a Europa en busca del sueño de su vida

Durante esos años en los que Helena estuvo fuera del país él continuó con su trabajo en el campo, al mismo tiempo que ayudaba a su hermano Ignacio en la dirección del palomar militar, que desde 1895 estaba en sus manos. El país se reponía de una guerra dolorosa, perdía a Panamá y comenzaba a despertar a una era industrial. Al parecer se dedicó a ahorrar pues como decía, “estar enamorado es algo serio”.

En 1906 Jorge Sanz de Santamaría Herrera decide viajar a Europa en busca de Helena, el sueño más grande de su vida. Al encontrarla en París todo pareció resuelto a favor de ellos. Sólo meses más tarde le aclaró a su padre el verdadero motivo de su viaje:

He escrito a Ud. ya varias cartas y en todas ellas le he relatado mis impresiones y los motivos que he tenido para gozar en este bendito viaje, pero hasta ahora no he hablado a usted del principal y seguramente del que tiene mayor importancia para mí, puesto que él influirá directamente en mi porvenir; omisión que he cometido voluntariamente, obedeciendo a razones de prudencia.

Con esa misma prudencia le contó su verdadero objetivo:

[...] En efecto, Ud. no ignora que desde hace mucho tiempo yo vengo cultivando la idea de pretender a la señorita Helena Sáenz, hija de nuestro buen amigo don Nicolás, y que antes de la venida de ellos para los Estados Unidos, yo había hecho a ella manifestaciones conducentes a ese fin. Sabrá Ud. también que a pesar de la ausencia yo siempre conservé la idea de perseguir ese ideal, y fue por ese motivo, unido a algunos otros, que me esforcé en llevar a cabo este viaje.

Pero fue a su cuñada, Rufina Rocha, esposa de Ignacio y gran amiga suya, a quien le confió los pormenores de su estadía en París y de su viaje por Europa y le relató los detalles de sus acercamientos a su futura esposa:

[...] Qué satisfacción tan grande siento de poder hablar de Helena ya de una manera más franca de lo que allá lo hacía, recuerde que yo siempre tocaba este asunto con temor y como hablando de un hecho que podía fracasar, hoy ya no [...]

El viaje a Europa fue el más recordado de su vida. En París, una ciudad que se podía considerar entonces como la capital cultural del mundo, su relación se afianzó definitivamente. Él se consideraba entonces la persona más feliz y así continúa en su carta: “¿No encuentra Usted que es una suerte haberme encontrado con Helena en pleno París? ¿No es cierto que pasar un noviazgo aquí es el colmo de la felicidad?”

Para describir esa época comentaba años más tarde:

Era la época en que Eduardo VII, entonces rey de Inglaterra, se escapaba del ambiente un poco puritano de Londres y se iba allí a divertirse un poco. Él daba la nota de alegría o de elegancia y todos los caballeros copiaban sus chalecos, con el último botón desabrochado y sus pantalones con “bota” o vuelta. Era un encanto pasearse por el Bosque de Bolonia o los Campos Elíseos de esa época, con las mujeres vestidas con trajes blancos, azul cielo, rosa o lila, hechos de muselina o etaminas de seda, adornados de volantes, o de incrustaciones de “metidos” en encaje, con colas barriendo el suelo, sombrillas haciendo juego con el vestido y enormes sombreros, adornados de plumas y envueltos en velos o “carlotas” románticas, con ramos de flores.

Gracias a las cartas que le envió a Rufina sabemos que, durante los casi dos meses que pasó en París, estuvo con la familia Sáenz Obregón en todo momento. Aunque tímido inicialmente, después de poco tiempo los terminó acompañando a sus paseos diarios al “poético Bois de Boulogne”. En los Campos Elíseos la pareja conmemoró los cuatro años de su despedida y en los *boulevards*, según relata, “tomamos helados y conversamos muy agradablemente”. También le detalló a Rufina su experiencia como espectador en la Comédie Française:

[...] jamás he tenido una noche más feliz que aquella, porque además de haber estado junto a Helena, tuve la satisfacción de hacerles una atención que aquí es muy chic y que a mí me salió divinamente pues la pieza era perfectamente seria, a la vez que muy hermosa. Si Ud. me hubiera visto allí, Helena estaba vestida de blanco, primorosa, yo a su lado con mi smoking, que estrené ese día, elegantísimo y más que elegante, feliz; en los entreactos salimos al Foyer...¡todo lo imaginable!

Durante una entrevista realizada con motivo de las bodas de oro de su matrimonio, Helena contó que “allí, en aquel ambiente, y quizás en un almuerzo inolvidable que tuvo lugar en Versalles, en un día lleno de sol, se formalizó nuestro noviazgo [...]”. Sobre ese “inolvidable domingo de Versalles”, le hizo a Rufina su propia descripción:

Helena y yo caminábamos adelante comunicándonos mutuamente nuestras impresiones y tomando vistas fotográficas, sacamos bastantes pero no sé bien cómo han salido. Imagínese usted, que debe conocer Versalles, cómo sería nuestra felicidad en lugar tan llamado a gozar, hágase una composición de lugar y véanos a Helena y a mí caminando despacio por entre todas esas magistrales alamedas; don Nicolás y mi señora Mercedes nos seguían, y casi me atrevo a decir que gozaban con nuestra felicidad.

Esta es la única referencia que hace de la fotografía en sus cartas y nos muestra cómo, desde entonces, estaba interesado en captar los momentos que vivía, los lugares que observaba y todos aquellos sentimientos que le generaba el día a día. Lo más importante es que esa tarde en Versalles él visualiza las imágenes de su futuro y comienza a hacer su propia “composición de lugar” de lo que sería su vida con Helena. Para Jorge Sanz de Santamaría Herrera la estadía en París fue una toma perfecta.

Sin embargo, a pesar de que su noviazgo se había formalizado finalmente, no estaba tranquilo y temía una nueva separación de Helena. En julio la familia Sáenz Obregón, dejó París para “buscar en Bélgica días más frescos”. Pasaron por Bruselas, Ostende y su última parada fue Middlekerke, un balneario turístico en las costas del Mar del Norte.

El joven Sanz de Santamaría partió para Amberes para distraer sus preocupaciones pues su impaciencia le hacía creer que el futuro con su amada no estaba tan claro como él había pensado y que tras el sueño vivido en París se enfrentaba a una carrera de obstáculos que no entendía bien ya que al final del viaje ella volvería a Nueva York y él a Bogotá.

Siguió a la familia Sáenz Obregón por toda Bélgica y, según él mismo contaba, en cada uno de los lugares que ellos visitaban:

Yo llegaba, me instalaba en el primer hotel que encontraba y salía luego a buscar a la familia Sáenz; ellos se admiraban al ver la prontitud con que daba con ellos, pero usted sabe que el interés me hacía encontrarlos en donde quiera que estuvieran.

Así, tres días después de la llegada de la familia Sáenz, llegó a Bruselas con la intención de definir su situación con Helena:

Lo que yo me puse a pensar al sentirme así, no podría explicarlo, pensé en irme otra vez a París desistiendo de seguir a Helena, luché para tomar la resolución que más me convendría y me determiné al fin a irme a los tres días en dirección de Ostende, pensando que ese sería mi último esfuerzo para aclarar la situación.

Al llegar a esta ciudad los Sáenz ya se habían ido y esto aumentó su tensión, pero sus deseos fueron más fuertes y partió de nuevo en pos de su amada. En Middlekerke tomó la resolución definitiva y le expuso a Helena sus sentimientos más profundos:

A todo esto permanecía callada y sólo de cuando en cuando me miraba, llegó un momento en que ambos guardamos silencio y nos pusimos a observar la inmensidad del mar; las demás personas que venían detrás de nosotros estaban lejos y sólo el mar era testigo de la angustia que sentíamos. La noche estaba muy oscura y únicamente al pasar por el frente de los faroles podía yo distinguir bien su semblante. Al llegar cerca de uno de estos volví a mirarla y noté que estaba emocionada, le hablé algo más y por último le dije en tono de consulta que si a ella le agradaría que hablara con don Nicolás; no vaciló para contestarme que sí y como quien da libertad a un pensamiento conservado oculto desde tiempo atrás, me dijo con dulzura: “Hable con papá si usted lo desea”. Lo que siguió a estas palabras ya usted se lo podrá imaginar y solo le diré que en esos momentos penetró toda la hermosura del porvenir que se me abrió ante mis ojos; desde esos instantes me sentí dueño de toda mi felicidad, sentí acumularse en mi espíritu esa inmensidad de ternuras que siempre había conservado para Helena y aprecié con todas las fuerzas de mi alma todo lo que ella valía desde que se entregaba para corresponder a mi amor.

Tres días después habló con don Nicolás Sáenz, quien aprobó el matrimonio. Ese mismo día le puso un cable a su padre, cuya respuesta “vino a resolver definitivamente mi felicidad”. Desde ese momento su vida fue otra y comenzó los preparativos para su matrimonio. En una carta del 2 de septiembre de 1906, le dice a Rufina:

Hoy ha sido para mí un día extraordinario; esta mañana nos cambiamos argollas con Helena para asegurar más nuestro compromiso, me siento feliz. Viera usted lo lindas que nos han quedado, sobre todo porque las mandamos hacer como se usan aquí, o sea con los dos nombres en cada argolla y nos las hizo el mejor joyero de París.

Durante un par de meses tuvo que internarse en un hospital en Interlaken, Suiza, para curarse de algunos dolores que lo aquejaban. Fue una temporada en la que la espera fue su única compañera y así le escribe a su prometida:

Me alienta la idea de que Dios ha exigido de mí este sacrificio para que mi felicidad sea completa más tarde, y me anima la esperanza de que pasados estos días tristes recibiré luego la recompensa de otros bien felices al lado de usted.

Por su parte, Helena partió con sus padres hacia Berlín y luego realizó un viaje por el Nilo.

Las cartas que se cruzaron los novios durante estos meses fueron, como él decía en una de ellas, las primeras de muchas misivas de amor y respeto mutuo. En ellas descubrimos las características de una relación que duró más de 60 años y donde le transmite a Helena las amorosas palabras de su padre, don Nepomuceno:

Mi cariño por Helena no puede aumentar, porque él es el mismo que tengo por Ud. y por todos mis hijos, y Ud. sabe que es muy grande. No deje de repetirle esto a Helena, así como a Nicolás y Mercedes, para que sepan, desde ahora, que la joya que le entregan la sabremos apreciar en todo lo que vale.

La importancia de la confianza y el hecho de saberse siempre juntos y cuidando uno del otro aparece cuando Helena le escribe durante su travesía por el Nilo y le dice:

Acuérdese que usted debe contarme a mí todo, y resulta que no me dice cómo está ni qué hace. Ambas cosas son del mayor interés para mí, nunca tema decirme demasiado. Por más triste que esté, dígame lo que siente, ¿quién puede interesarse por Ud. más que yo?

Así sería para siempre.

El amor permitió que llegara a los 90 años enamorado de Helena, como se refleja en esta carta donde le dice a su amada:

Mi espíritu goza inmensamente al acariciar con intimidad todas esas emociones puras que aparecen en el horizonte y yo me abandono a ellas como queriendo conciliar un sueño dulce que ha de llevarme hasta la realidad. En ese sueño la veo a usted caracterizada por sus hermosas virtudes y por esa aureola de atractivos que Dios le ha dado con el objeto de hacerme feliz... todo lo veo con claridad al través de mi cariño, y me siento inundado de reconocimiento.

Las palomas mensajeras

En 1907 Jorge Sanz de Santamaría Herrera comenzaba a organizar su vida en Colombia y trabajaba en la hacienda “La Chucuita”. De esta época se destacan los mensajes, enviados a través de palomas mensajeras, que se convirtieron en un símbolo de su amor durante los primeros años de casados:

A las palomas tengo que adorarlas; ¡sin ellas qué sería de mí en estos días largos de ausencia, en que me hacen falta tus caricias, tus ternuras, tu amor...! Las palomas siempre fieles me traen diariamente todos esos inmensos bienes que el buen Dios me concede por medio de tí; cuando ellas llegan aquí me parece oír en su pequeño corazón todas las ternuras que tú les has imprimido y comunicado al cogerlas en tus manos, y así te siento cerca de mí y por eso al recibirlas las beso y las acaricio [...]

Sentimientos como esos los encontramos también en la correspondencia que intercambiaron y en la que cualquier espera se evidenciaba siempre insoponible como lo había sido en esos meses iniciales de 1907. Helena resume todo con frases tan sencillas como: “Si esos años se pasaron, ¿cómo no han de pasar pronto estos días?”.

De palomas mensajeras también aprendió durante ese primer viaje a Europa y así se lo comentó a su padre, en una carta enviada desde Bruselas en 1906:

Otra interesante diversión que he tenido es la Colombofilia; usted sabe que en Bruselas y Bélgica en general, es en donde ha tenido principio este simpático *sport*, aquí está en tal desarrollo que me he dado verdadero gusto en ocuparme mucho sobre esto. He visitado muchos de los principales palomares de la ciudad y poblaciones circunvecinas, de preferencia me he puesto en relación con los dueños de los palomares en donde se encuentran los ejemplares de razas que yo más conocía, he tenido el gusto de conocer las palomas antecesoras de las que Ignacio y yo tenemos en Bogotá. El domingo próximo estoy invitado a ver la llegada de las palomas de un gran concurso que tendrá lugar ese día, a 25 kilómetros de distancia de Bruselas, estoy muy entusiasmado pues esto para mí es muy interesante.

Y es que fue, sin duda, un “viajero ilustrado” y siempre estuvo aprendiendo de lo que veía para aplicarlo en Colombia. En una época en la que el turismo apenas comenzaba a popularizarse en el mundo, sentía curiosidad por todo lo nuevo y por todo lo que le podía servir para mejorar su vida y la de los demás. Esa curiosidad se la inculcó más adelante a sus hijos, cuyas cartas son el reflejo de aquellas que él mismo le escribió a su propio padre durante su estancia en Europa a principios de siglo.

En efecto, en ese viaje de 1906 le habla a su padre de los campos de Bélgica que le han parecido de “una fertilidad extraordinaria”, le describe los diferentes cultivos de papa, trigo y avena que ha tenido la posibilidad de conocer y le comenta que “en Bélgica domina el ganado holandés y todo es muy bello y lo tienen en muy buenas condiciones, pero le digo con franqueza que poco o nada he visto hasta ahora que supere a la calidad del ganado que existe hoy día allá”.

Años después, en 1929, su hijo Nicolás le detalla, en una carta enviada desde Eastbourne, Inglaterra, una exposición agrícola a la que asistió y en la que conoció el mejor “ganado en el mundo”:

El 2º día nos fuimos temprano y a las 10 ½ entramos a la tribuna para presenciar el gran desfile de ganado. Este constaba 1º de los Durham de carne, encabezados por su famoso campeón; un gran toro zardo, de 2 ½ a 3 años, que nos dejó estupefactos pues es algo extraordinario. Iba seguido del 2º y 3º premios, que también eran estupendos. Como es natural detrás iban las vacas y novillas que eran preciosas. Luego iba el Campeón Dairy, de color blanco muy lindo, el 2º premio era zardo y a tío Mariano y a mí nos gustó mucho... De Holstein había bellezas; vimos ordeñar una vaca estupenda, había muchos ejemplares. Te sigo contando de caballos, ovejas y demás en la próxima pues no quiero retardar más ésta.

Para ese entonces, con 50 años, ya era un importante hombre de campo en Colombia y dueño de la hacienda “Quito” desde 1911. Había impulsado la introducción de nuevas razas de ganado al país, incursionaba en la cría de corderos e innovaba constantemente en la aplicación de tecnología agropecuaria, maquinaria de lechería y programas de reforestación. Él y Helena tenían ya cinco hijos: Inés, Ana, Nicolás, Jorge y Julia, y comenzaban a enseñarles todo lo que sabían sobre el campo y sobre la vida.

Jorge Sanz de Santamaría Herrera: documentalista

Su pasión por el arte comenzó muy temprano. Sus tres primeros óleos se remontan a 1898, 1899 y 1900. En 1910 participó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Bogotá. Sin embargo su actividad como pintor se desarrolló definitivamente años más tarde.

Entre tanto se dedicó a otra de sus grandes aficiones: la fotografía, un arte que entraba cada vez con más fuerza al mundo queriendo ganar espacios que antes fueron ocupados por el dibujo y la pintura. Hoy, cien años después, sobrevive uno de los más importantes objetos que heredaron sus descendientes: un estereoscopio, construido por la casa Gaumont, como testimonio de su afición.

La presencia en Colombia de estos equipos es otra muestra de su interés y el de sus hermanos por mantenerse siempre actualizados y por traer al país los principales avances, de todo tipo, que se imponían en Europa. En efecto, los estereoscopios, visores que permiten observar fotografías en tercera dimensión, se comenzaron a popularizar en Francia e Inglaterra desde la segunda mitad del siglo XIX, muy poco tiempo después de que esta técnica y la de la fotografía bidimensional se hubieran inventado. En América era un objeto de lujo, pero en Inglaterra se popularizó la consigna publicitaria *No home without a stereoscope* (“Ninguna casa sin estereoscopio”), y tanto estos objetos como las cámaras estereoscópicas, se producían y vendían de forma masiva.

Entre sus fotografías encontramos algo que marcó también su obra pictórica: un carácter documental con el que buscó captar el acontecer de su época a tal punto que el archivo fotográfico que nos dejó es, posiblemente, uno de los más representativos de la Colombia de principios del siglo XX. Sus fotos nos muestran la vida en el campo y la ciudad. Entre muchas otras, hay fotos del ganado y de las máquinas utilizadas para el trabajo en el campo, tomas de los cultivos y los paisajes de la Sabana de Bogotá, de las palomas y de los perros, de las inundaciones y de las exposiciones agrícolas y, obviamente, fotos de los partidos de polo y de la vida familiar de la época.

Existe un conjunto de fotografías que nos dan luces sobre las fechas en las que adquirió el famoso estereoscopio y que, dentro de la historia de su vida, tienen un valor especial. Son las más antiguas y nos permiten hacer un recorrido por la Europa de aquellos años. Entre ellas se destacan algunas de Italia y otras, de especial valor, de París, donde adquirió el estereoscopio ya que fue su primera escala europea, en junio de 1906, luego de enterarse del viaje de Helena al Viejo Continente.

Entre 1898 y 1945, Jorge Sanz de Santamaría Herrera realizó casi todos los cuadros que conocemos, hablándonos así, sin palabras, de la tranquilidad de esa época de su vida, pero fue durante las décadas de 1930 y 1940 que desarrolló al máximo una de sus mayores pasiones: la pintura de acuarelas, que hoy reposan en las casas de sus familiares y amigos. Para él fue una manera de mos-

trar sus grandes aficiones: los caballos, los toros de lidia, el ganado y los perros. Se interesó particularmente en los Fox Terrier, una raza que buscó introducir al país. Pintó también palomas, escenas del campo y espacios urbanos como la iglesia de San Diego de Bogotá, además de algunos temas religiosos como un “Divino rostro” y una copia del “Cristo” de Velásquez.

El único comentario que conocemos sobre sus cuadros lo hizo Emilia Pardo Umaña, durante los años cuarenta, en el periódico *El Espectador*, cuando algunas de sus acuarelas se presentaron en una exposición en la Biblioteca Nacional al lado de obras de importantes artistas nacionales.

Sus obras quedaron como prueba de su interés por los asuntos cotidianos; pues buscó mostrar una historia por la que pocos se han interesado. Muchas de las acuarelas y óleos que hoy conocemos las regaló en vida con motivo de un evento especial como muestra de amistad y cariño.

Cuando Jorge y Helena cumplieron los 60 años de matrimonio, que celebraron con su familia en 1967, recordaron para una nota periodística que en marzo de 1907 se habían encontrado en Nápoles, de donde habían salido hacia Roma para ser bendecidos por el Papa Pío X, el 10 de abril del mismo año. Rememorarón, también, como si fueran tiempos muy lejanos, su luna de miel en Frascati, muy cerca de Roma, y su viaje de bodas por la Costa Azul.

Helena murió poco después de celebrar sus bodas de diamante. Él la sobrevivió y murió el 3 de mayo de 1972. Una muerte que no lo debió sorprender y que debió esperar con menos impaciencia con la que había esperado a Helena muchos años antes.

Martín Andrade Pérez



Las obras de Jorge Sanz de Santamaría Herrera no tienen misterio, nos dejan ver las cosas tal como fueron. Sin duda, sus dibujos, óleos, acuarelas y fotografías hablarán mejor de su vida que cualquier reseña, y sus cartas, de amores y afectos que están por encima del tiempo.

No queda sino sumergirse en ellos.



PALOMAS

EN EL PALOMAR TODO ES ALEGRÍA